

Episodios de la Guerra de Margallo

El caso Farreny

■ *Francisco Saro Gandarillas*

Los hechos militares acaecidos en el otoño 1893 dentro del territorio de Melilla, generalmente conocidos como Guerra de Margallo, suelen ser hoy más conocidos por los sucesos dramáticos ocurridos en los primeros y últimos días del mes de octubre de aquel año, aun cuando la opinión pública y prensa del momento dedicaron mucha mayor atención a la falta de acontecimientos derivada de la política cautelosa del Gobierno, inquieto ante las consecuencias que una política de intervención decidida en Marruecos podía acarrear en los asuntos internos de España y en la susceptibilidad de las vigilantes potencias europeas con intereses en el país magrebí. La tardanza en colocar suficiente número de tropas para garantizar la seguridad de Melilla y su campo exterior, y la falta de medios indispensables para llevar adelante una campaña militar que, según la expresión más común en la prensa, "restableciera el honor de España", hizo ver a todos que el Gobierno no tenía gran interés en continuar con una empresa de la que no esperaba favorables resultados.

Cuando el general Macías llega a Melilla para ocupar el cargo del general Margallo, venía ya con la lección aprendida: evitar a toda costa cualquier incidente que pusiera en apuros al gobierno fusionista. Macías había sido años antes gobernador de la plaza y conocía muy bien el partido que podía sacarse de la existencia de un establecimiento penal entre cuyos ocupantes no faltaban individuos encallecidos ante las dificultades y con pocos escrúpulos a la hora de actuar. Su utilización en el conflicto permitiría evitar que un buen número de soldados intervinieran en servicios diarios de guarnición, como por ejemplo los convoyes de suministro a los fuertes destacados, con el peligro cierto de que hubiera bajas fuera de las esperadas operaciones militares de campaña, lo que desde siempre se traducía en efectos muy negativos sobre la impresionable opinión pública y, sobre todo, sobre la prensa adversaria al gobierno que aprovechaba la ocasión para caldear los ambientes sociales criticando la "mala política militar" de Sagasta, presidente del gobierno, y del general López Domínguez, ministro de la Guerra.

Es por ello por lo que el general Macías no dudó, desde su llegada, en aprovechar el concurso de los penados en servicios tales como los mencionados convoyes, el reparto del correo, la transmisión de órdenes urgentes, etc, que ahorraba a la tropa su empleo en estas indispensables pero arriesgadas tareas, a la vista de un enemigo rifeño que, apostado en sus trincheras, esperaba cualquier oportunidad para causar el mayor número de bajas entre las tropas de la guarnición.

El capitán Ariza

Varios días llevaban los penados prestando su concurso a la campaña, cuando el 14 de noviembre llega a Melilla el capitán Ariza.

Francisco Ariza y Gómez era un capitán de la escala de reserva de compleja personalidad que había hecho gran parte de su carrera militar combatiendo en la isla de Cuba, donde llegó a gozar de una cierta popularidad por sus condiciones de atrevido guerrillero; aunque, eso sí, poco escrupuloso en sus celebradas actuaciones. Alcanzó su máxima cota de celebridad cuando hizo prisionero al general cubano Calixto García, llegando los ecos de hecho tan singular hasta la propia España.

No sabemos que peripecia personal, tras su vuelta a la península años más tarde, hizo que se apuntara al bando republicano, hecho que le costó su pase a la situación de reemplazo, motivo, a su vez, que le indujo a ponerse en contacto con los revolucionarios encabezados por el general Villacampa, y a intervenir muy directamente en el golpe militar de septiembre de 1886, aunque se inhibió en cuanto vio que las cosas no salían como él esperaba. Fue juzgado y absuelto por falta de pruebas, pero quedó señalado para siempre como nada adicto a la monarquía reinante. Desde entonces fue arrinconado profesionalmente en destinos de poca cuantía y, por supuesto, lejos de la corte, para evitar cualquier tentación revolucionaria.

**Soldado español del siglo XIX**

Al comenzar la guerra en Melilla pidió, como otros muchos, un puesto en el ejército expedicionario. Como no fue atendido, solicitó licencia por asuntos propios, y de esta forma salió en dirección a África, dejando su opaco destino en la Caja de Reclutamiento de Barcelona.

Se dijo por entonces que el motivo de su llegada a Melilla se debía al hecho de haber conocido en Cuba a los generales Macías y Margallo. Esto era cierto en el caso del primero; no en el del segundo, que nunca estuvo en Cuba, basándose el error, sin duda, en el hecho de que Margallo hubiera mandado el batallón que recibía el nombre de la isla antillana, con el que anduvo, durante la guerra carlista, por el norte peninsular. Según confesión propia, lo hizo "por un impulso del corazón".

Más bien creo que la intención de Ariza al llegar a la plaza nortefricana era el de hacerse perdonar sus veleidades republicanas y lograrse un adelanto hacia el ascenso en la lenta escala de Reserva a la que pertenecía.

Las crónicas del momento no nos dicen si Ariza se acercó a visitar la tumba de Villacampa, su antiguo jefe en el proceso revolucionario de 1886, olvidada en un apartado rincón del cementerio de San Carlos.

La guerrilla de la muerte

Poco le costó a Ariza convencer al general Macías de las excelencias de formar una guerrilla al estilo cubano, con miembros procedentes del penal. A los dos días de llegar ya estaba operando por los cerros de Melilla con los primeros 22 presos que el general puso a su disposición. Irregular actuación, puesto que hasta el día 26 no salió publicada la orden por la que el ministerio de la Guerra autorizaba la guerrilla.

La mayoría de los presentes en la plaza veían con simpatía la actuación de tan singular unidad; lo mismo puede decirse de la prensa peninsular que en buena parte se deshacía en elogios hacia Ariza y sus hombres.

No todos, evidentemente, pensaban así. Algunos jefes y oficiales encontraban humillante que la seguridad del territorio melillense su hubiera puesto en manos de personas condenadas a graves penas de prisión por delitos de sangre.

También parece cierto que los penados no hacían su trabajo por motivos exclusivamente patrióticos, sino más bien porque el capitán les había prometido una revisión de sus condenas una vez finalizadas las operaciones.

Era un extraño espectáculo contemplar a Ariza, con traje de paisano y sombrero hongo, al frente de sus hombres, vestidos con el uniforme del presidio y armados de viejos fusiles y facas, más propias de bandoleros que de tropas combatientes.

La agresión

Como otras noches, en la del día 29 se instaló, en las inmediaciones del fuerte de Cabrerizas Bajas, el servicio de vigilancia nocturno a cargo de un grupo de penados bajo el mando de Ariza. A una hora no bien determinada, que Llanos Alcaraz sitúa sobre las 8 de la noche, llegó el capitán conduciendo a un rifeño al que habían capturado cuando se acercaba sigiloso a la plaza. Dejó al prisionero al cuidado de los penados allí presentes, advirtiéndoles de que nadie le hiciera daño.

Sobre la una de la madrugada apareció un grupo de compañeros diciendo que de orden del capitán les entregaran al prisionero.

A partir de aquí seguimos la declaración del rifeño preso, según el cual más tarde fue conducido por los penados hasta la plaza; allí encontraron cerradas las puertas, por lo que no pudieron entrar. De vuelta hacia el campo, a la altura del tejat de Ingenieros, Amadi fue golpeado e insultado por sus acompañantes, e instantes después uno de los penados sacó su faca y le cortó las orejas.

Tras la absurda agresión, uno de los del grupo volvió a Melilla acompañando al preso, que sangraba aparatosamente, llevándolo hasta la guardia de Santa Bárbara. La guardia dio aviso al jefe de servicio y este a los generales Macías y Martínez Campos, jefe del Estado Mayor y General en jefe de las tropas presentes respectivamente.

Allí se supo que el agredido era Mohammadi ben Ahmed, confidente de la plaza, conocido de antiguo en ella por el nombre de Amadi, quien, al parecer, y a requerimiento del general Macías, venía cautelosamente a Melilla para dar cuenta a las autoridades de la situación en el campo rifeño. También corrió el rumor, iniciado por uno de los del grupo de presos llamado Sevilla, de que el agresor era un presidiario llamado José Farreny Riera, de la partida de Ariza.

Los protagonistas

Mohammadi ben Ahmed tenía entonces unos 45 años de edad. Había sido colaborador de las autoridades de Melilla desde muchos años antes, lo mismo que lo fueron su padre y su abuelo. Era conocido por el general Macías desde 1880, año en que, siendo gobernador de la plaza, y con la intermediación de Amadi, había puesto al Gobierno español en un brete enviándole a los cabos de la cabila de Quebdana para que aceptara su solicitud de amparo bajo la bandera española, e incluso, en algún caso, la nacionalidad, cosa que el Gobierno jamás se hubiese atrevido a hacer estando, como estaba, en cuestión el llamado "status quo" marroquí.

El asunto se cerró con el cese del general Macías, eso sí disfrazado, como solía (y suele) ser habitual, con el socorrido "en atención al mal estado de su salud", y con la concesión a Amadi de la cruz del Mérito Militar, que, junto a la concedida durante la Campaña del Rif de 1909, solía lucir con orgullo.

Algún órgano de la prensa cotidiana afirmaba que había prestado servicios al ejército francés en Argelia, y otro, más atrevido, sugería que pudiera ser descendien-